



Diálogo entre ciencia y ética, una cuestión ineludible

Marta Tafalla, doctora en Filosofía y profesora de Estética y Ética en la Universidad Autònoma de Barcelona.

www.zoxxi.org

www.conservaciocompassiva.org

Introducción

Marta Tafalla es doctora en Filosofía y profesora de Estética y Ética en la Universidad Autónoma de Barcelona. Reivindica la complementariedad entre ciencia y ética y la necesidad ineludible de establecer un diálogo entre las dos disciplinas del conocimiento humano: “Ética y ciencia son disciplinas complementarias, que se necesitan mutuamente y que pueden y deben trabajarse de manera conjunta para propiciar el avance científico preservando la protección de los animales”. Entre otros encuentros en el mundo de la ciencia, participó en una mesa redonda de debate invitada por la Sociedad Española de Neurociencia en su 160º congreso, celebrado en Granada el año 2015¹.

A continuación, incluimos fragmentos de artículos y ponencias donde la doctora Tafalla desarrolla estas ideas, con una visión crítica de la justificación científica de los parques zoológicos actuales. Mantenemos la versión original de los textos en castellano.



¹<http://www.senc2015.com/>

Fragmentos de:**“El olvido de los animales”.****Capital Animal, Mayo de 2016,
Madrid.**

“En estos diez minutos que me tocan voy a intentar explicar una única idea. Esta idea es la siguiente: en nuestra civilización nos hemos olvidado de los animales, hemos olvidado quiénes son, cómo viven, cómo son, cómo sienten, cómo se comunican, y necesitamos hacer urgentemente un esfuerzo de memoria para recordarlos. ()

Necesitamos ciencia, pero de la buena. La ciencia busca un conocimiento objetivo, pero en la ciencia la clave siempre es qué preguntamos y cómo lo preguntamos. Si nuestra ciencia consiste en estudiar el comportamiento de las ratas dentro de una jaula, acabaremos creyendo que el hábitat natural de las ratas es la jaula. Necesitamos una ciencia que se cuestione la jaula. Ciencia que observe el comportamiento de los animales en libertad, de forma respetuosa y sin dañarlos. Que nos ayude a entender que lo más valioso que hay en la Tierra es la vida, y que lo más valioso de la vida es la biodiversidad, la pluralidad de formas de vida. Que cada especie animal es una forma de vida propia, una manera de estar en el mundo, de percibirlo y actuar en él. Muchas especies animales tienen incluso culturas. Y hemos de entender que vivir es convivir con otras especies.

Necesitamos ética. Una reflexión ética que nos invite a pensar el valor de la libertad. Nuestra civilización nos enseña desde la infancia a odiar la libertad, por eso las escuelas llevan a los niños al zoo, a que vean jaulas. A que crean que las jaulas son hogares.

Necesitamos educar en la libertad como un valor fundamental. Y en hacernos preguntas, en preguntarnos qué es moralmente correcto y qué no lo es.

Necesitamos estética. Una estética profunda y crítica. Porque nuestra civilización emplea una estética superficial para ocultar la explotación de los animales. (...)

En realidad, ciencia, ética y estética pueden enseñar nos la misma lección: que lo más valioso es la diversidad de formas de vida, y que reducirla es siempre una pérdida. Desde un punto de vista científico, sabemos que un ecosistema sano es aquél en que existe un alto nivel de biodiversidad, y sabemos también que un ecosistema donde una única especie se extiende como una plaga eliminando a las demás es un ecosistema frágil, que pierde su equilibrio, que enferma. Desde un punto de vista ético, sabemos que una sociedad justa es la que fomenta y respeta la diversidad de formas de vida, y que un sistema totalitario es la expresión máxima de la injusticia. Desde un punto de vista estético, sabemos que si la naturaleza es tan bella es porque la integran millones de especies de seres vivos, porque está hecha de diferencia y pluralidad, y sabemos que destruir esa diversidad es destruir su belleza.

Por tanto, ciencia, ética y estética pueden enseñarnos que estamos poniendo en riesgo el futuro de millones de especies, y con ello también ponemos en riesgo nuestra propia existencia.”

Para entender en qué punto de discusión se encuentra la ciencia y la ética respecto del estudio de los animales y el porqué de la necesidad de un encuentro entre las dos disciplinas, la Doctora Tafalla asevera, en su artículo “El futuro de seis delfines”:

“La civilización en que vivimos nos hace creer desde la infancia que los humanos somos los únicos sujetos que existen en el planeta, y que el resto de formas de vida no son más que recursos a nuestra disposición, que podemos usar a nuestro criterio y de los que podemos abusar sin dar explicaciones. Nos enseñan que los delfines, como el resto de animales, son objetos que podemos capturar, encerrar, vender, comprar, explotar, hacerles criar y separarlos de sus hijos, obligarles a actuar para nosotros, y matarlos cuando estorban. Pero si hacemos el esfuerzo de liberarnos de las muchas capas del discurso antropocéntrico que nos envuelve, comprenderemos que los delfines no son instrumentos para nuestros fines, ni son nuestras propiedades.

Tampoco son inferiores a nosotros, pues ambas especies, como todas las demás, compartimos unos mismos orígenes: solo somos ramas diferentes del árbol de la vida, resultados distintos del mismo proceso de evolución. (...).

Para decidir son necesarias dos disciplinas: ciencia y ética. (...)

La ciencia es absolutamente fundamental para tomar la mejor decisión, pero hay que recordar que la ciencia no proporciona verdades absolutas, y que en el tema de los animales tiene una sospechosa tendencia a tropezar. De todos es sabido que la ciencia no comenzó a estudiar de manera sistemática el comportamiento animal hasta la segunda mitad del siglo XX, partiendo de los primeros hallazgos de algunos pioneros como Konrad Lorenz, Niko Tinbergen, Karl R. von Frisch, Jane Goodall, Dian Fossey o Biruté Galdikas (por cierto, a ellos tres les dieron el Premio Nobel en 1973, a ellas no). Es decir, hace muy pocos años que la ciencia ha comenzado a estudiar el comportamiento de los animales. Señal de que no había mucho interés ni mucha prisa en conocer a las otras especies animales con las que compartimos el planeta.

En las últimas décadas hemos ido acumulando conocimiento sobre las capacidades cognitivas, emocionales y comunicativas de diversas especies animales, sobre su habilidad para usar instrumentos y cómo desarrollan culturas. Pero la etología es una ciencia muy joven; de hecho, todavía se discute cuál sería el nombre más apropiado para denominarla. Y no está claro que sus inicios hayan sido tan fértiles como cabría desear.

Recientemente, dos científicos con sólidas trayectorias han publicado sendos libros que realizan una dura autocrítica. El primero es un libro de 2016 del primatólogo Frans de Waal titulado *Are We Smart Enough to Know How Smart Animals Are?*, traducido en Tusquets como *¿Tenemos suficiente inteligencia para entender la inteligencia de los animales?*. En él denuncia, repasando decenas de ejemplos, que durante estas pocas décadas de estudio sobre comportamiento animal, la ciencia ha tendido sistemáticamente a infravalorar la inteligencia de los animales, y que muchos experimentos se diseñaban (consciente o inconscientemente) para demostrar que los animales no tenían ciertas

capacidades cognitivas, que años después estudios mejor diseñados han probado de sobra. El otro es un libro publicado en 2015 por el ecólogo Carl Safina y titulado *Beyond Words: What Animals Think and Feel*, del que está prevista una próxima traducción al castellano en Galaxia Gutenberg con el título *Mentes maravillosas: lo que piensan y sienten los animales*. El autor defiende que el prejuicio de nuestra superioridad ha influido en el diseño de muchos experimentos de laboratorio, y propone de forma más valiente que de Waal el camino más lúcido: comenzar a sustituir los experimentos de laboratorio con animales en cautividad por la observación de los animales en su hábitat. Es decir, la ciencia nos ayuda de manera fundamental, pero también necesita grandes dosis de autocrítica y un cambio urgente en sus procedimientos.

Ambos autores sostienen que centenares de experimentos fallidos sobre comportamiento animal han acabado demostrando la incapacidad de muchos seres humanos para comprender a los animales. Carl Safina lo explica bien: a veces, las ideas preconcebidas que tenemos en mente, las sofisticadas teorías que nos hemos inventado encerrados en nuestros despachos, y de las que nos sentimos tan orgullosos, no nos dejan percibir a los animales que tenemos delante, ni siquiera entender comportamientos que son del todo evidentes. Así que necesitamos ciencia, mucha más ciencia de la que tenemos, pero también una ciencia mucho más autocrítica. Merece la pena ver la conferencia de Carl Safina.

Lo segundo que necesitamos es ética. En algunos círculos científicos y de los zoos se niega la necesidad de ética, una disciplina que no suelen conocer y que no les interesa. Los científicos que defienden los zoos afirman que no la necesitan, porque la ciencia les proporciona los conocimientos suficientes para mantener a los animales en cautividad, y ahí se acaba todo.
(...)

Un zoo funciona como una máquina del olvido: a medida que el animal pasa más tiempo en él, va olvidando su esencia, su forma de vida natural, su propio ser. Es precisamente por eso que los zoos son tan dañinos, porque son trampas mortales que roban vidas enteras. Cuando un animal lleva ahí un tiempo, está perdido para siempre. Por eso la cautividad es tan profundamente injusta, porque crea injusticias que jamás podremos reparar del todo. Y no hay concepto de bienestar capaz de suavizar esa injusticia.

La cautividad jamás puede justificarse por intereses humanos, por negocio, por nuestro placer. Tiene sentido tan solo de manera excepcional y temporal si es para beneficiar a los animales: o bien de manera individual (como se hace en centros de rescate de fauna herida o enferma) o bien a nivel de especie (en programas de cría para reintroducción de especies salvajes en su hábitat). Pero ninguno de esos dos casos tiene nada que ver con un zoo: con sus instalaciones teatrales de cartón piedra, su estética de parque de atracciones, con el griterío ensordecedor de los niños y la música a todo trapo, con exhibir a los animales como en un circo para nuestro placer, con la gente golpeando los cristales tras los cuales se hallan los animales, con el puesto de helados y el restaurante, los columpios y toboganes, el trenecito que recorre las instalaciones, la tienda de souvenirs donde venden peluches de elefantes de color azul y demás.”